

# ¿Y podrás, lira mía...

[Poema - Texto completo.]

Juan Antonio Pérez Bonalde

## I

### LA LIRA Y EL ARPA

¿Y podrás, lira mía,  
en tus débiles cuerdas el rugido  
hallar del aquilón; el estampido  
retumbante del trueno,  
cuando su fragorosa artillería  
barre de seno en seno  
la combatida bóveda sombría?  
¿Podrás el ronco acento  
hallar del mar sañudo y turbulento,  
y la potente fibra  
que en la gigante cítara del viento,  
con rudo plectro la tormenta vibra?  
¿Podrás, en fin, de Heredia peregrino,  
hallar la fuerte, la robusta nota  
y el impetuoso grito de entusiasmo,  
tú, pobre lira rota,  
para alzar inmortal canto divino  
al rey de los torrentes,  
gala de un mundo y de los hombres pasmo,  
Niágara atronador que hoy se levanta  
Circundado de glorias esplendentes  
Ante mi vista deslumbrada, y llena  
El alma mía de pavor sublime,  
Y enmudece la voz en mi garganta  
Y con su inmensa majestad me oprime?  
¡Qué importa! Si la altiva, la serena  
Musa inmortal de Píndaro y Quintana  
me negare tirana,  
sus divinos favores,  
me quedas tú, sombría  
diosa de los poéticos dolores,  
numen inspirador de la elegía.  
Sí, tú me quedarás, tú siempre fuiste,  
en el desierto de mi vida triste,

mi columna de sombras por el día  
y mi encendida nube por la noche...  
Ven a mis manos, pues, ven, arpa mía,  
que ya en mi pensamiento abre su broche  
bajo el beso fecundo  
de la lama inspiración, la flor del canto.  
Ven entre llanto y llanto,  
a referirle al asombrado mundo  
de lo sublime el inmortal poema,  
la soberbia belleza que dilata.  
En noble aspiración el pecho triste  
y la emoción suprema,  
y el horror misterioso que sentiste  
al borde de la inmensa catarata.

## II

### EL RÍO

Azul, ancho, sereno,  
espejo de los cielos que retrata  
en su límpido seno,  
de majestuosos pinos coronado,  
al blando murmurío  
de espumas de cristal y ondas de plata,  
sonoro y sosegado,  
regando aromas se desliza el río.  
Y vagas el viajador por sus riberas  
oyendo los suspiros de las aves  
y las notas suaves  
de las brisas ligeras  
que vienen a empujar sobre las ondas  
el ancho lino de las blancas naves.  
¡Todo es paz en la tierra  
Y todo luz en las etéreas blondas!...  
¿Oís?... Allá, a lo lejos,  
algo como un rumor. Sordo, perdido...  
¿Qué será ese ruido?  
¿será el viento en la sierra,  
precursor de los cárdenos reflejos  
del rayo asolador?... No; el horizonte  
sereno resplandece, y ni una nube  
se cierne sobre el monte.  
Escuchad cómo sube...  
va creciendo por grados, va creciendo...  
ya no es ruido lejano, ya es estruendo  
que el ámbito ensordece,  
y a medida que crece,

va la linfa perdiendo  
su serena quietud; ya las espumas  
no son las blandas; las ligeras plumas  
que adornaban, graciosas,  
la inmaculada frente  
de la mansa corriente:  
son oleadas ruidosas,  
son roncros hervideros bullidores  
que rugen, que se encrespan, que batallan,  
y al chocarse entre sí, raudos estallan  
en mil penachos de irritada espuma  
que reflejan del iris los colores.  
Y es en vano el luchar; la fuerza suma  
de un poder misterioso, oculto, interno,  
sin cesar los sacude, los agita  
y al fin los precipita  
en espumante remolino eterno.  
Vórtice arrobador, bello, horroroso,  
que hace olvidar, al contemplarlo mudo,  
el trueno misterioso  
que ya cerca retumba  
con ímpetu sañudo...  
blanco vapor se eleva  
sobre el nivel agua, allá a lo lejos,  
do con fuerza mayor el trueno zumba;  
y la corriente embravecida lleva  
del encumbrado sol a los reflejos,  
pinos de sus orillas arrancados  
cascos de naves, míseros despojos  
por su implacable cólera arrastrados.  
De pronto, un torbellino  
de vaporosas chispas, invadiendo  
el aire cristalino,  
en lluvia azotadora el rostro os hiela  
y os baña. Y os hostiga y os flagela  
al ronco son del pavoroso estruendo...  
¡No deis un paso más; cerrad los ojos,  
que no os trastorne el vértigo la mente...  
bajad por la colina...  
ahora abridlos, y postraos de hinojos!

### III

#### EL TORRENTE

¡Oh espectáculo inmenso! ¡oh sorprendente  
panorama de horror y hermosura!  
¡oh inenarrable escena peregrina

que a un tiempo el llanto y la sonrisa arranca!  
Falta al pecho el aliento; la luz pura  
falta a los ojos por exceso de ella,  
y la sangre se estanca  
y al corazón se agolpa y lo atropella...  
¡Oh! ¡Qué sublime horror! El ancho río,  
desde escarpada, gigantesca altura,  
en toda la extensión de su pujanza,  
de súbito se lanza  
en el abismo fragoso y frío.  
¡Paso!, ¡paso al coloso!  
la amedrentada tierra  
gime bajo su peso; el poderoso  
raudal se precipita,  
y tras breve batalla,  
cuanto su marcha cierra,  
cuanto a sus pies palpita,  
colinas, valles, árboles, peñones,  
rompe, tala, avasalla,  
y triunfador altivo, sus blasones  
despliega al orbe que, agitado y mudo  
de admiración lo acata;  
¡digno blasón de su glorioso escudo:  
en campo azul, vorágine de plata!  
ved como tiembla la humillada roca  
y el combatido centro del abismo  
cuando su seno toca  
con el rudo fragor de cataclismo  
la desprendida mole del torrente  
lago de espuma hirviente,  
como vasto incensario,  
alza eterno plumaje  
de flotante y fúlgidos vapores,  
en severo homenaje  
a la deidad terrible del santuario:  
al dios de los abismos bramadores,  
al numen dueño del cerrado arcano  
que guardan en su seno oscuro y frío  
las simas y los antros, y el océano,  
las sombras y el vacío.  
¿Do te ocultas deidad atronadora?  
¿en qué confín perdido del torrente  
tienes tu húmedo lecho,  
para volar ansioso y diligente  
a tu encuentro feliz? Sí, ya la hora  
sonó de interrogarte frente a frente;  
Sí, yo tengo el derecho,

Como cantor, como hombre,  
De venir a tu lóbrego palacio,  
de la verdad en nombre ,  
a pedirte el secreto del abismo,  
ese enigma profundo  
que debe ser el mismo  
que, no resuelto aún, lleva en el pecho  
el mísero mortal en este mundo:  
la rebelión, la duda, la agonía  
del corazón en lágrimas deshecho ...  
¡Genio, responde a mi clamor, responde!  
¿Por dónde, di, por dónde  
se va hasta ti? La fría,  
la inmensa, la impetuosa catarata  
que en lluvia de diamantes se desata  
al descender al antro furibundo,  
con su raudal frenético me esconde  
los umbrales de plata  
de tu oscuro palacio:  
el estruendo iracundo  
ensordece el espacio,  
y la agitada espuma  
me azota el rostro y por doquier me abruma.

#### IV

#### SUB-UMBRA

¡Adelante, alma mía!  
allí junto al peligro está la boca  
de la sima profunda ...  
¡fe, valor, osadía!  
ya el pie resbala en la musgosa roca,  
ya la lluvia iracunda  
me flagela la frente ...  
¡este es mi Sinaí relampagueante,  
este es mi Oreb ardiente!...  
¡Adelante! ¡Adelante!  
¡Qué hermosa caverna!  
¡Qué espantoso ruido! ¡Aquí tienen su nido  
la oscuridad eterna,  
el torbellino airado,  
la fragorosa espuma,  
el Aquilón helado,  
la sofocante y cegadora bruma! ...  
¡Adelante! ¡adelante! ¡Allá en el fondo,  
la sombra es más intensa,  
el rugido más fuerte,

la atmósfera más densa  
y más cerca al espíritu la muerte.  
Allí, allí está el hondo  
santuario en que se oculta  
el dios de la terrible catarata!  
¡Cómo llegar a él! ... En arco enorme  
que en el vórtice hirviente se sepulta,  
sobre mi frente pálida, tendida,  
cual bóveda de plata,  
pasa la mole rápida y deforme  
de la corriente al bátratro impelida.  
Bajo mis pies se escapa  
la resbalosa peña  
que sirve, artera, de engañosa capa  
a la muerte en sus grietas escondida.  
El vértice se adueña  
de mi turbada mente ...  
¡un paso más ... y terminó la vida!

## V

### EL ECO

Heme aquí, frente a frente  
de la espesa tiniebla desde donde  
oírme debe la deidad rugiente  
que en su seno se esconde:  
—“Dime, genio terrible del torrente,  
¿a dónde vas al trasponer la valla  
del hondo precipicio,  
tras la ruda batalla  
de la atracción, la roca y la corriente? ...  
¿a dónde va el mortal cuando la frente  
trionfadora del vicio,  
yergue, al bajar a la mundana escoria  
en pos de amor y venturanza y gloria?  
¿adónde, van, adónde,  
su fervoroso anhelo,  
tu trueno que retumba?...”  
y el eco me responde,  
ronco y pausado: ¡tumba!  
¡Espíritu de hielo,  
que así respondes a mi ruego, dime;  
si es la tumba sombría  
el fin de tu hermosura y tu grandeza;  
el término fatal de la esperanza,  
de la fe y la alegría;  
del corazón que gime

presa del desaliento y los dolores;  
del alma que se lanza  
en pos de la belleza,  
buscando el ideal y los amores;  
después que todo pase,  
cuando la muerte al fin, todo lo arrase,  
sobre el océano que la vida esconde,  
dime qué queda; di, ¿qué sobrenada?...”  
y el eco me responde,  
triste y doliente: ¡nada!  
Entonces, ¿por qué ruges,  
magnífico y bravío,  
por qué en tus rocas, impetuoso crujes,  
y el universo asombras  
con tu inmortal belleza,  
si todo ha de perderse en el vacío? ...  
¿Por qué lucha el mortal, y ama, y espera,  
y ríe, y goza, y llora y desespera,  
si todo, al fin, bajo la losa fría  
por siempre ha de acabar? ... Dime, ¿algún día,  
sabrá el hombre infelice do se esconde  
el secreto del ser? ¿Lo sabrá nunca?  
y el eco me responde,  
vago y perdido: ¡nunca!  
¡Adiós, Genio sombrío,  
más que tu gruta y tu torrente helado;  
no más exijo de tu labio impío,  
que al alejarme, triste, de tu lado,  
llevo en el cuerpo y en el alma frío.  
A buscar la verdad vine hasta el fondo  
de tu profunda cueva;  
mas, ¡ay!, en vez de la razón ansiada,  
un abismo más hondo  
mi alma desesperada  
en su seno al salir, consigo lleva ...  
ya sé, ya sé el secreto del abismo  
que descubrir quisiera ...  
es el mismo, es el mismo  
que lleva el pensador dentro del pecho:  
la rebelión, la duda, la agonía  
del corazón en lágrimas deshecho!

## VI

¡HOSANNA!

Y lejos de la gruta el paso guío  
contra el azote del raudal luchando.

¡Ya fuera estoy del ámbito sombrío!  
¡Oh! ¡Qué bella esa luz! ¡qué hermosa, cuando  
salimos del horror de las tinieblas!...  
ved como juega en círculo brillante  
sobre las blandas nieblas  
que circundan la frente del gigante  
ved los tintes que toma,  
según viene a su encuentro,  
ya en penacho de pluma,  
ya en velo de cristal o en lluvia fina,  
la vaporosa espuma  
o el agua cristalina.  
Aquí, en el ancho centro,  
Ostenta los colores  
Del cuello tornasol de la paloma;  
Allá es verde esmeralda,  
Abajo, azul de límpido zafiro;  
Y vista de lo alto,  
Es mágica guirnalda  
De irisados fulgores,  
De la ovación en el revuelto giro  
Al pie arrojada del augusto salto.

¡Quién como tú feliz, Niágara undoso!  
¡quién como tú glorioso!  
tienes para tu orgullo,  
y para orgullo que jamás perece.  
De la libre región que se adormece  
al rudo son de tu gigante arrullo,  
un continente, un mundo por imperio,  
el abismo por trono,  
por escabel la sombra y el misterio;  
por himno de victoria  
del trueno eterno el pavoroso tono;  
la hermosura suprema  
por cetro de tu gloria;  
el iris rutilante por diadema;  
por incienso, el vapor de hirviente plata  
que, en elástica nube,  
eternamente sube  
del hondo seno oculto  
al choque de la rauda catarata;  
por sacerdotes sumos de tu culto  
los genios de la tierra,  
la lira y los pinceles;  
y por vasallos fieles  
las razas, las naciones

y las generaciones  
de asombro mudas, que el planeta encierra.

## VII

### HOMBRE Y ABISMO

¡Quién como tú, feliz Niágara undoso!  
¡quién como tú, glorioso!  
mas a pesar de tu insólita belleza,  
a pesar de tu indómita fiereza  
de tu trueno, y tu vórtice, y tu bruma,  
a pesar de tu indómita fiereza  
y tu poder sin nombre,  
¡tú no eres más que yo, ni más que el hombre!  
Tú eres la imagen viva  
de la proscrita humanidad altiva;  
tú eres el hombre mismo  
en escala aumentada;  
por eso, cuando ansioso de adueñarme  
del secreto del ser baje a tu abismo,  
¿Pudiste acaso darme  
la clave deseada ...?  
Nada supiste responderme, nada;  
que lo que el hombre ignora  
lo ignoras tú también:  
Tras el radiante  
velo de tu hermosura arrobadora  
escondes tú de la mortal mirada  
tu musgo, tu pantano,  
tu limo y tus horribles asperezas;  
y el infeliz humano,  
detrás de sus quiméricas grandezas,  
oculta, agonizante,  
la inocencia perdida  
y el fango y las miserias de la vida.  
Tú sales rumoroso, azul, sereno,  
de las fuentes del río,  
y luego impetuoso, desbordado,  
te despeñas, colérico, en el seno  
del abismo sombrío;  
así el niño mimado  
sale puro, inocente,  
de bajo el ala maternal; mas, luego,  
el pecado lo arrastra en su corriente  
de calcinante fuego,  
y víctima del mal y las pasiones,  
rueda al fin, inconsciente,

del dolor a las lóbregas regiones.  
Tú tienes tus vapores deslumbrantes,  
tus nubes ondulantes  
que, audaces, un momento el aire hienden  
por subir al azul, y al fin, cansadas,  
tras vano batallar, raudas descienden  
en gotas sin color al centro frío;  
también el hombre tiene sus doradas,  
flotantes ilusiones,  
sus locas ambiciones  
que lanza, alucinado, en el vacío  
de sus sueños quiméricos; vapores  
que bajan luego en lluvia de dolores,  
en lágrimas heladas a su frente ...  
Tú tienes tu estridente,  
Fatídico rugido,  
Tus simas, tus cavernas,  
En donde el viento brama,  
En donde da la ola  
con lúgubre ruido;  
En el alma del hombre  
desesperada y sola,  
tienen también su nido  
la duda, las internas  
rebeliones sin nombre;  
el ara húmeda y fría  
de la apagada llama  
do la fe un tiempo ardía;  
cenizas de memorias  
ya en fango transformadas,  
de sueños y de glorias,  
de cerúleos amores,  
de esperanzas rosadas  
de apariciones blondas ...  
¡simas tal vez más hondas  
que todos tus horrores!  
Tú ostentas en tu frente majestuosa  
el iris luminoso de los cielos  
que en círculo te ciñe, cual diadema  
de oro y zafir, y de esmeralda y rosa  
y al hombre triste, en medio de los duelos  
de su lucha suprema,  
lo corona en señal de nueva alianza  
el iris del amor y la esperanza.

